

TERCER MITO

EL ÁGUILA

DICE EL HOMBRE

Hosca y adusta, signo de Júpiter,
águila roja, nutriz del rayo :
las típicas gracias del día
desdeñas, recogida en las rocas."

Ciega de lumbre, llena de fuego,
cruzas los vírgenes aires sin ruta :
el llano y los mansos declives
al paso del humano abandonas.

Mágicas cifras trazan tus círculos,
águila encinta de tempestades,
y cuando en las nubes te ciernes,
el rayo serpentea, siguiéndote.

Trágico enigma te hace sagrada,
numen heráldico de imperialismos :
proclamas, volando solemne,
la libre voluntad de conquista.

Álzante, en aras, tronos ardientes;
pueblos y razas tómate á ejemplo;
tu culto, en devotos temblores,
el alma de los hombres humilla.

Alta, remota, águila eximia:
tuya es la tierra, como del astro
que, en férvidos besos de fuego,
mantiene sus praderas floridas.

¡Águila, apenas vista entre nubes;
signo, mandato, fuerza, dictamen:
desciende á la tierra, y la tierra
sumisa ha de rendirse á tus plantas!

Dinos el templo claro y marmóreo
donde, á la tarde, mueven tus vuelos;
y todos los pueblos del mundo
tu templo llenarán peregrinos.

Traza — y estilo sea tu pico
que en caracteres rasgue las nubes —
en medio del aire tu idea,
y todos á tu lado estaremos.

Lanza, en el pánico de la tormenta
cuando tus plumas orla el relámpago,
el nombre del astro que ansías
y al astro se alzarán las espadas.

¡Rompe — mis voces oye solícita,
águila roja —, rompe el enigma!
¡Mi espíritu pierde las alas,
en vuelo interminable siguiéndotel

Habla, define, manda, esclaviza;
toma mis manos, toma mi espíritu:
¡oh, ven á la tierra y sé de ella,
suscitadora estéril de fuerzas!

Águila, apóstol hazte de humanos;
¡sé guiadora, sé conductora,
caudillo del casco de oro
y el pico fulgurante en la lucha!

Míranos tuyos; sé tú bien nuestra;
águila adusta, torna apostólica:
tus ojos, hogares de lumbre,
enciendan las nocturnas conciencias.

Garras te dieron: presa en la carne
haz, hoy, con ellas, águila esquiva;
¡la sangre que bañe la herida
se torne por los aires incienso!

Y entre tus garras, mal que el zarpazo
como racimos preñe mis venas,
¡cubierto de sangre, á que muera,
al templo donde habitas arrástrame!

Quiero seguirte : ¡nunca tu vuelo
se abrió, enigmático, sobre mi frente,
sin verme en un éxtasis áureo
contigo, atravesando los aires!

Los aires... ¿dónde, dónde mis pasos
senda por ellos tienen abierta?
¡Oh, márcame en fuego la ruta,
que el aire no conserva caminos!

¡Oh, ven, desciende! ¡Ponte á mi alcázar!
Quiero adorarte, quiero servirte;
la roca en que tienes tu nido
me muestra, por que adore á tus hijos.

¡Águila, atiende! Gozo te sean
mis sumisiones llenas de fiebre;
el Dios solitario en quien vives,
¡penetre por tu gracia en mi espíritu!

Nada que mengüe tus beatitudes
pido; cabemos, sin agotarlo,
los dos en el ancho infinito :
mis actos te serán corona.

Pasas. No escuchas, águila esquiva,
voces humanas. Pasas... y vuelas
remota, remota, remota,
tan lejos, que no sigo tus vuelos...

+

II

DICE LA ROCA

Una Roca, que asume por sus venas secretas,
de los mortales las voluntades inquietas,

dice al Águila :

«Todas las aguas de mis nieves
le doy al hombre..., ¿y tú, Dura, no te conmueves?»

Á ti, tan luminosa, te piden luz, ¿y esquivas
el homenaje de los mismos que cautivas?

Te seguirían..., ¿y no les das un camino?
Se te rinden..., ¿y tú los vuelves al Destino?

¡Oh, Dura más que yo! Satánica engreída,
¿tienes la fuerza, y no divinizas su vida?

¿Por qué tientes?, ¿qué alumbrá, por estos derroteros
de las nubes, la llama de tus dos ojos fieros?

¿Por qué, si has de callar el nombre en él escrito,
rompen tus aletazos el velo al infinito?

Solitaria, si nadie te ha de seguir el rastro,
¿por qué bebes, avara, toda la luz del astro?

Cruel, si guardas sólo para tu pasto el cielo,
¿por qué agitas, magnífica, la tentación del vuelo?

Si desdénas la baja humanidad, impía,
¿por qué le das la fiesta de tu soberanía?

Si no fluye de tus entrañas, como un vino,
¿para qué, impenetrable, creaste lo aquilino?

Si no sigue al prodigio de fuerza la palabra,
¿por qué pides al rayo que el horizonte te abra?

¿Por qué tu vuelo magno suscita el entusiasmo?
¿Por qué flota en el aire, cuando has pasado, un pasmo?

¿Por qué apareces siempre tremenda, innovadora,
dueña del rayo, de la tempestad señora?

¿Por qué barrenas, águila, con tu pico las nubes
y donde ya no suben los rumores, tú subes

y, las alas tendidas, sola en la luz, parece
que la astral vibración de los orbes te mece?

¿Por qué, brasa, en las nubes grises como ceniza,
un penacho de llamas en tu cuello se riza?

¿Por qué, á veces, tocando la síntesis suprema
donde se unen los orbes en una diadema,

te incrustas allí, quieta, sobre el aire uniforme,
como un diamante negro en el anillo enorme?

Águila: te rechaza mi corazón de roca;
se te niegan mis aguas, te condena mi boca.

Águila de la fuerza no aplicada á provecho,
tu nido siento que se me sale del pecho;

tú, dilapidadora de Dios, jupiterina,
manas divinidad y no fundas doctrina;

jamás, siguiendo el sabio sistema de tus rastros,
los hombres podrán ser mineros de los astros;

jamás, gracias á un hábil método en tus caminos,
sin pena y sin esfuerzo se encontrarán divinos.

¡Estéril..., has de ser exaltación, no ejemplo,
y yo tu nido, cuando podría ser tu templo.

¡Vaga, errantel..., recoges de la turba precaria
el estremecimiento, pero no la plegaria.

¡Cruel, adustal..., esquivas los contactos humanos,
cuando se rendirían á tus zarpas sus manos;

en un ansia furiosa de soledad, colocas
el nido de tus hijos sobre nosotras, rocas,

cuando la humanidad temblaría de orgullo
si pudiera dormir tus hijos con su arrullo...

¡Pasa de largo, ve; te cierro mi granito!
Tienes para tu nido, desde hoy, el infinito.

¡Soy humano!... Los hombres te reclaman; acaso
para su redención te bastaría un paso.

¿No lo darás?... Desde hoy aparta, no me nombres;
¡coloca, por lo menos, tu nido entre los hombres!

Ya que no en ti, sus ansias se emplearán en él;
echarán en sus pajas coronas de laurel;

le quemarán inciensos... Y, sumisos, devotos,
depositando en él la ofrenda de tus votos,

en su ideal y en su salud los ojos fijos,
proclamarán caudillos de su pueblo á tus hijos...»



III

PREMISAS

El Águila, con un alto desdén, su planta
en la empinada cresta pedagógica implanta;

y, llegando á su nido, que en la roca se abría,
con el pico y los ojos inspecciona su cría.

No la cubre; se queda junto al boquete, sola,
hundiendo la cabeza en la rizada gola.

La luz, serenamente, cae por sus hombros, tal
como sobre los próceres la púrpura imperial;

la ancha frente recibe la catarata fiera
de la enorme luz, como si en sí la recogiera;

y resalta del bulto majestuoso y dorado
el recio pico, robustamente encorvado,

que pone, en el incendio de su rostro glorioso,
una potencia dura y un supremo reposo.

Luego, despacio, como si cada verbo aislado
lo hiciera tardo el peso de su significado,

habla...

La Roca escucha sin comprender acaso...
—Para oírla mejor el sol baja á su ocaso.

IV

DICE EL ÁGUILA

Adusta, sí; no niego
que aborrezco la vida
de las aves domésticas,
compañeras del hombre.
Adusta, sí; no escondo
con qué ira sorda miro,
por los bajos corrales,
alternar con los hombres
los corderos, las cabras,
los tiernos animales
del Señor. — Así, pues,
ni los hombres se nutren
de mi carne, ni tasan
mi sustento, ni viven
de mis crías... Adusta,
me lo exige la vida.

¿Engreída, pagada
de las alturas, ebria
de mi luz? — Vengo á cuentas.
Sé descender al llano

para clavar las garras
 en mi presa; recibo
 de la tierra los dones
 que da la tierra, y tengo
 en los veranos, cuando
 los gérmenes malignos
 monstruosamente abortan,
 la generosidad
 de descender del sol
 para partir las víboras.

¡Mi apostolado!... ¿puedo
 dar alas á los hombres?
 ¿darles garras y pico?
 ¿darles mis ojos, que
 no se queman al sol?
 ¡Mi apostolado! ¡Hipócrita
 renunciación, te digo
 que es todo apostolado!
 Porque mi vida es corta
 y el espacio infinito...
 Todo el vuelo de un año
 no me basta á horadar,
 con mi pico, una estrella...
 ¡Predicar!... Me contemplo
 cerca de mis devotos,
 en las vertientes suaves
 de las montañas bíblicas,

y hablo... Todos me siguen
 con religioso pasmo;
 las mujeres aprenden
 uno á uno mis gestos,
 y lloran, inundadas,
 sin comprenderme, por
 el ritmo de mi voz.
 Tendré largas legiones
 de adoradores, y
 uno ó dos convertidos.
 Entretanto, mis alas
 se olvidarán del vuelo...
 Y la primera vez
 que mi doctrina quiera
 realizar, surcando
 con los hombres el aire,
 desorientada, torpe,
 sin vigor en los músculos,
 me hundiré en el abismo
 con mis secuaces: todos
 volverán contra mí
 su derrota, y seré
 lapidada, al igual
 que los profetas falsos.
 La doctrina es la cárcel
 de la verdad, y en ella
 el lirio azul se tuerce.
 — Yo te digo: más vale
 que una legión, que un pueblo
 de convertidos, ser

tú el único instrumento
de tu doctrina; andar
entre los que te llaman
y los que te desdeñan
sin desviar tus pasos;
y dejar, al morir,
una ventana, un muro
de lo infinito abiertos.

¿Ser humana, ser dulce,
ser compasiva? Entiendo...
No volar, porque agito
con mi vuelo nostalgias...
Ser piadosa : esconder
mis garras y mi pico,
por que vengan los hombres
sobre mí, sin alarmas.
Meter en las palabras
lo que no cabe en ellas
para que, conociendo
mi camino los hombres
— ó creyendo tal vez
que lo conocen — digan
con un gesto de hastío :
«Al cabo no son tanto
las águilas; no es cosa
tan grande el Infinito :
diez palabras lo explican.»

Roca de la cabeza
maestra y calva : juro
que no creo en razones
por mover espíritus.
La virtud obra sola;
la luz del sol no quiere
misioneros; enciende
por ella misma, el mundo.
Espíritu es la lengua
del espíritu. Yo
que tengo lo aquilino,
¿por qué entraré en lo humano?
Aquilino y humano
librarán sus combates
sin que, por nada, tengan
que intervenir en ellos
los hombres ó los águilas.

Yo hago bien á los hombres
cuando no pienso en ellos;
cuando, como el relámpago,
paso sin escucharles;
cuando sus ojos llenos
de nostalgias me siguen
con tanta furia, que
tiran de ellos á mí,
como el viento, agitando
las copas de los árboles,
tira de las raíces.

Yo hago bien á los hombres
cuando más les desprecio,
cuando menos les oigo,
cuando jamás les busco.
Yo hago bien á los hombres
cuando, al pasar yo, llenos
del milagro de fuerza
que agito en el espacio,
sacudiendo los hierros
de su impotencia, el puño
crispado y las pupilas
inyectadas en sangre,
pronuncian la blasfemia
que hará violencia á Dios...
Yo hago bien á los hombres
á mi modo aquilino;
no su bien, que ya nada
les pondrá en las entrañas,
sino el mío; este bien
que desconocen, que
tal vez odian, que encuentran
áspero como el zumo
de los frutos silvestres;
que no me vale de
sus almas oblaciones,
reverencias, mercedes;
sino enconos, insultos
y rumor de batalla...
Yo hago bien á los hombres
como Dios, con el rayo.

No, roca austera de
las piedades hipócritas;
no fiaré á los hombres
la guarda de mis crías.
Me admiran — tengo garras —,
bien lo sé; nada puedo
sospechar de los hombres,
mientras mi corvo pico
sepa, como la pulpa
de una fruta, sacarles
el corazón del pecho.
Me están sumisos, y
para elevar á culto
la sumisión, me adoran.
¡Pero mis crías!... Mira,
roca de la cabeza
maestra y calva, mira
las entrañas del nido.
¡Son negros, son odiosos,
inarmónicos, flacos,
anormales, horribles,
mis fieros aguiluchos!
No obedecen á ley
de ritmo humano; escapan
á lo decorativo;
son adecuados á
los destinos futuros
y no saben de gracia.
Una desproporción
inquietante no deja

que se plieguen sus líneas
 á la mentira inútil
 de la infancia; ellos son
 aprendizaje de águilas,
 no polluelos dispuestos
 para los besos; ¡miral
 No quiero verme dulce,
 divinizada, alada,
 candorosa, en mis crías;
 no las llevo conmigo,
 graciosas, por las suaves
 sendas con sol, buscando
 los homenajes de
 los corazones tiernos;
 no son hijos, ¡son fuerzas!,
 no nacieron del beso,
 ¡más del zarpazo, en que
 me fecundó el Adusto!
 Y los hombres son dulces,
 roca maestra, son
 divinamente dulces,
 compasivos, untuosos,
 amantes de la infancia...
 — Tengo el dolor y tengo
 el orgullo secreto
 de mis hijos horribles. —
 Si no los aman, pienso
 que mis garras hicieran
 presa en sus corazones
 para moverlos; si

los aman, si sus manos
 untuosas, creadoras
 de norma, alisan sobre
 sus espaldas las plumas;
 si destuercen su pico
 para besarlo; si
 porque no se destrocen
 el pecho con las uñas
 se las liman; si ciñen
 de oro y piedras preciosas
 sus gargantas desnudas;
 si hacen de mis horribles
 y fieros aguiluchos
 unas cosas humanas
 dulcemente atractivas,
 entonces yo, yo misma,
 con estas garras negras
 que, para entrar en Dios,
 escalan los relámpagos,
 ¡destrozaré á mis hijos!
 — No, roca estéril de
 las piedades hipócritas;
 no fiaré á los hombres
 la guarda de mis crías.

Toda mi vida de
 soledad no conoce
 más razón que este nido.

Por él soy hosca, esquiva,
 impenetrable, adusta;
 por él mis alas no
 mancho de fango; vivo
 entre las nubes y entre
 los astros; por él quiero
 que no conozca mezcla
 de intereses humanos,
 de palabras terrenas,
 de adoraciones fáciles
 mi eterno, tenaz, íntimo,
 inescrutable y único
 monólogo aquilino...

¡Pobres hijos!... ¡Gloriosos
 hijos, nacidos entre
 el horror y el silencio!
 Cuando sepan los hombres
 de vosotros, tendréis,
 como yo, pico y garras,
 audacia, alas robustas,
 y sobre la cabeza,
 llena de sol, el sello
 del espíritu intacto.
 ¡No quiero amor; no quiero
 cuidados, devociones,
 solicitudes, ansias
 tiernas, sobre vosotros!

Cuando os reciba el aire,
 no dejaréis un pacto
 detrás vuestro; las pajas
 de vuestro nido no
 se pegarán al tierno
 plumón de vuestras alas
 entorpeciendo el vuelo,
 y la marcha segura
 que emprendáis, no tendrá
 traza de leyes viejas.
 Horribles aguiluchos:
 sólo seréis hermosos
 aquel día; en el acto
 pleno de vuestra fuerza,
 cuando tiranicéis,
 para volar, los aires.

V

CONCLUYE EL POETA

Águila : ¿qué has querido decirme? ¿No has hablado para mí? Tu voz, dentro de mi alma, ha resonado

como una ley tiránica... ¡Oh, solitarios días, los del silencio y los del horror de las crías!

¡Oh, la roca, la nube, el sol, lo eximio! ¡Oh duro servicio de lo actual doblegado al futuro!

¡Oh vida grave, oh vida retenida y adusta!
¡Oh santidad del nido implacable y robusta!

Las dulces, las humanas criaturas, tan llenas de piedad, tan dispuestas á alimentar las venas

de mis hijos, que quieren, compartiendo conmigo mi nido, transformarlo de cárcel en abrigo;

las que me traen el fruto de su labor, y aquellas melancólicas, vagas, soñadoras de estrellas,

que, porque de la lucha retornan sin trofeo, quieren ver en mis hijos renacer su deseo;

las que buscan apóstoles que les quiten sus grillos;
las que buscan secuaces porque ellas son caudillos;

las devotas que, ansiando píamente salvarlos,
sólo esperan que nazcan para divinizarlos;

las rebeldes, que llegan hasta mi nido, con
ansias de hacer sus pajas armas de rebelión;

toda la turba humana, grandiosamente tierna,
que da á mi lado muestras de su inquietud eterna,

¿rechazaré?, ¿no puedo darle oídos?, ¿no puedo
en sus propios dolores aumentar mi desnudo?

¡Niegas, águila! Tornas á tus voces odiosas,
y al limar de las uñas y á las piedras preciosas,

y á los hijos que salen de su nido, dejando
un pacto detrás de ellos...

— Obedezco temblando.

Olvidaré á los hombres cuando quiera servirles;
no limaré las uñas con que pueden herirles

mis hijos. En las nubes, como tú, solitario,
mi amor será un zarpazo y mi nido un sagrario;

no uniré al de los otros afable mi camino,
los miraré en su día revelado el destino.

Seré adusto; mis obras, no piedad, sino fuerza;
no lograrán los llantos ni los odios que tuerza

mi sendero. Tendré, como tú, en las entrañas
el horror y el orgullo de mis crías extrañas.

Águila, dame un poco de tu calma suprema;
enséñame á llevar solo mi diadema...

Delinquiré..., codicio las dulzuras humanas;
amo el asombro de las miradas profanas...

Águila, cubre tú mi nido; hunde tu pico
en mis propias entrañas terrenas, si claudico.

Ayúdame á esperar con paciencia los días
en que se cumpla el vuelo de mis ásperas crías.

¡Oh, no tuerza yo, con una línea de gracia,
lo espantoso de su soberbia aristocracial

Para bien de los hombres, hazme, águila, inhumano;
dale la crispación de tu zarpa á mi mano;

líbrame de esta grasa de la carne lasciva,
haz que en la roca escueta de mi espíritu viva;

pásame tu obsesión de lo infinito; sea,
como en ti el sol, martirio en mis ojos mi idea;

para encumbrar la tierra nunca bajé á la tierra;
arránquele mi presa como un botín de guerra,

y en mis obras, indemnes de sus cariños, déle,
no un vino que la sacie, sino un fuego que vuele.

No quiero reducir mi labor á camino.

Águila, ¡expandiré, como tú, lo aquilino!

Flotaré por mí mismo, para mí mismo.—Acaso
muera olvidado en los lejos de la distancia,
pero acaso los hombres conserven de mi paso
una exaltación, vaga como una resonancia...

Caracteres de la poesía de Marquina

AB INITIO

... Y yo no sé, apartado de todas las morales,
lo que pensáis en vuestros sillones doctorales,
de esta misa en que, opuestos, pero á la vez cabales,
el asno, el cisne, el águila, me han dado sus misales.

Bajo de los oídos los pliegues de mi manto,
descubro mis pupilas que os admiraron tanto,
y en la inacción de vuestra perplejidad, levanto
la triple afirmación segura de mi canto :

«Vendimión : porque el rayo
»tuyo no me aniquile
»en la tormenta trágica,
»viviré como el asno,
»amaré como el cisne,
»crearé como el águila.»

Empuñando la vara florida de los años,
sobre las esperanzas, sobre los desengaños,
y apacentando mis ideales rebaños,
mística escala, pongo mi pie en tus tres peldaños!

VENDIMIÓN ERMITAÑO

LIBRO DE HORAS